

VER:

Lamentablemente en mi opinión, una queja muy habitual en nuestras comunidades parroquiales, y en la Iglesia en general, es la falta de jóvenes: “Es que somos todos muy mayores...” Y es cierto, no hay que negar la realidad: la mayoría de quienes forman hoy la Iglesia son personas que superan los 60 años. Y, contagiándonos de la exaltación de la juventud que prevalece en nuestra sociedad, siempre nos lamentamos porque hay pocos jóvenes, como si las personas mayores o ancianas no tuvieran ya nada que aportar, ni a la Iglesia ni a la sociedad. Pero como dije a las participantes en una reunión de responsables de equipos de Acción Católica General: “Ya quisiera yo que los más jóvenes tuvieran la mitad del compromiso y del sentido de ser Iglesia que tenéis vosotras”.

JUZGAR:

Desde muchos ámbitos se nota un desprecio más o menos declarado hacia los ancianos y hacia “lo viejo” en general. Se muestra la juventud como lo más deseable, y se presenta a los jóvenes como los que tienen que solucionar los problemas que han heredado de “los viejos”, a los que hay que apartar “porque estorban”, como dice el Papa Francisco: “lo que prevalece en nuestra civilización es la cultura del descarte, una ruina que nos hace adoptar como criterio el de encerrar a los mayores en las residencias de ancianos porque no producen, porque impiden la vida normal” (Homilía 30 septiembre 2019).

Hoy estamos celebrando la fiesta de la Presentación del Señor en el templo. Y en el Evangelio que hemos escuchado destacan dos personajes: Simeón y Ana. Dos ancianos son los únicos que saben reconocer en ese Niño que es presentado por sus padres *al Mesías*, al Salvador, *la Luz para alumbrar a las naciones*. El Papa Francisco en numerosas ocasiones ha realizado diferentes elogios de la ancianidad, y comentando este pasaje dice: “Eran ciertamente ancianos, el viejo Simeón y la profetisa Ana que tenía 84 años. Esta mujer no escondía su edad. El Evangelio dice que esperaba la venida de Dios cada día, con gran fidelidad, desde hacía largos años. Querían precisamente verlo ese día, captar los signos, intuir el inicio. Esa larga espera continuaba ocupando toda su vida, no tenían compromisos más importantes que este: esperar al Señor y rezar. Y, cuando María y José llegaron al templo (...) el peso de la edad y de la espera desapareció en un momento. Ellos reconocieron al Niño, y descubrieron una nueva fuerza, para una nueva tarea: dar gracias y dar testimonio por este signo de Dios. Simeón improvisó un bellissimo himno de júbilo —fue un poeta en ese momento— y Ana se convirtió en la primera predicadora de Jesús: hablaba del niño a todos lo que aguardaban la liberación de Jerusalén” (Audiencia general, 11 marzo 2015).

El testimonio de Simeón y Ana es una llamada para todos los que somos la Iglesia, para no dejarnos llevar por los criterios que exaltan la juventud y descartan a los ancianos, porque “las personas mayores, a nivel social, no deben ser consideradas como una carga, sino como lo que realmente son, es decir, un recurso y una riqueza. ¡Son la memoria de un pueblo! Los ancianos están impregnados de memoria y, por tanto, son fundamentales para el camino de los jóvenes porque son las raíces. De las personas mayores viene la linfa que hace que el árbol crezca, que lo hace florecer y dar nuevos frutos” (Discurso Asociación de Trabajadores de la Tercera Edad, 16 diciembre 2019).

Los ancianos tienen una misión en la Iglesia y en la sociedad, que el Papa define claramente: “Los ancianos, los abuelos tienen una capacidad única y especial para comprender las situaciones más problemáticas. Y cuando rezan por estas situaciones, su oración es fuerte, ¡es poderosa! A los abuelos (...) se les confía una gran tarea: transmitir la experiencia de la vida, la historia de una familia, de una comunidad, de un pueblo” (Discurso 16 diciembre 2019).

ACTUAR

Como Iglesia, en vez de lamentarnos porque hay pocos jóvenes, contemplando a Simeón y Ana hoy deberíamos mirar con amor y gratitud a las personas mayores, a los ancianos que forman y sostienen nuestras comunidades, porque “albergan un tesoro de experiencia, han probado los éxitos y los fracasos, las alegrías y las grandes angustias de la vida, las ilusiones y los desencantos, y en el silencio de su corazón guardan tantas historias que nos pueden ayudar a no equivocarnos ni engañarnos por falsos espejismos” (Christus vivit 16).

Y las personas ancianas deben sentirse llamadas a seguir lo que indica el Papa: “Queridos abuelos, queridos ancianos, pongámonos en la senda de estos ancianos extraordinarios, Simeón y Ana. Convirtámonos también nosotros un poco en poetas de la oración. La oración de los ancianos y los abuelos es don para la Iglesia, es una riqueza. Una gran inyección de sabiduría también para toda la sociedad humana (...) Podemos recordar a los jóvenes ambiciosos que una vida sin amor es una vida árida. Podemos decir a los jóvenes miedosos que la angustia del futuro se puede vencer. Podemos enseñar a los jóvenes demasiado enamorados de sí mismos que hay más alegría en dar que en recibir. Los abuelos y las abuelas forman el «coro» permanente de un gran santuario espiritual, donde la oración de súplica y el canto de alabanza sostienen a la comunidad que trabaja y lucha en el campo de la vida” (Audiencia general, 11 marzo 2015).